

El malestar español

A Edgar Morin

Se han desplomado sin estruendo las banales ilusiones españolas: nunca hubo nada parecido a la prosperidad anunciada por los publicistas gubernamentales y nunca estuvimos asentados con firmeza en algún sólido cimiento. Ni antes con Aznar, ni ahora con Zapatero.

La estafa financiera global ha dejado al descubierto la trama de una economía sostenida por una ficción contable: el país se enriquecía vendiéndose a sí mismo casas que no podía pagar. El hallazgo ha provocado un aterrizado pasmo y, como si hubiera llegado la hora de enmendar el descarriado rumbo de nuestra generación, algunos



**BASILIO
BALTASAR**

La expulsión de los judíos nos privó de una fuerza decisiva en la reinención cultural de la modernidad

se atreven a preguntar en qué nos equivocamos.

La inminencia del desastre espolea una desorientada reflexión sobre cómo podrá España salir del atolladero en el que se ha metido y, tímidamente, se llega a una desesperante conclusión. La competitividad y la formación de nuestros ciudadanos son el más lamentable saldo que cabe imputar a los 30 años de democracia consumidos, sin alcanzar en rendimiento y excelencia ni al más rezagado de nuestros vecinos europeos.

Aunque resulta incómodo asegurar que nos enfrentamos por ello a la posibilidad de un sonoro fracaso histórico, lo cierto es que ésta puede ser la última oportunidad que tengamos para

entender de dónde procede nuestra incapacidad.

A los que reclaman para sí el rango de dirigentes y se ofrecen a resolver nuestra penuria, les corresponde corregir las carencias estructurales más flagrantes, discernir alguna alternativa factible a nuestro pobre tejido industrial y movilizar las innumerables voluntades que harán falta para rehabilitar a una España nuevamente desolada.

Pero mientras se gesta la resolución que inspire alguna respuesta eficaz a la magnitud de un desafío inaplazable, no estará de más remontarse hasta el origen de nuestra decepcionante singularidad. ¿Por qué somos la sociedad menos competitiva de la Europa moderna? ¿Qué rasgo

de nuestro carácter nos ancla en la complacencia arcaica de un mundo autárquico? ¿Por qué nos fastidia el juego de la emulación y la competencia? ¿Qué nos molesta tanto de la modernidad? Y, sobre todo, ¿por qué nos negamos a aceptar la responsabilidad de la emancipación ciudadana?

Si evitamos las especulaciones metafísicas que en otro tiempo nos hicieron sonreír, y dejamos de lado la mascarada de nuestra errática identidad, adquiere una destacada importancia el acontecimiento histórico que nos distingue de nuestro entorno europeo: España ha sido el único país sin judíos.

La participación de la comunidad judía en el impulso ilustrado

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

Conciencia y calidad de la democracia

Hace unos meses, la propaganda de la película *Valquiria* llevaba una leyenda bien impactante. Decía algo así como “mientras otros obedecían, él escuchó a su conciencia”. “Él” era el coronel Von Stauffenberg, el líder del último atentado contra Hitler, alguien que no se doblegó ante lo “políticamente correcto”, cuando no doblegarse implicaba exponerse a la tortura y la muerte. No sólo a no recibir el aplauso de la mayoría o a ser mal considerado, sino a perder la vida, como realmente sucedió. Gentes así despiertan admiración, o deberían hacerlo.

Como Shtrum, el personaje de Vasili Grossman en *Vida y destino*, el científico caído en desgracia durante el régimen de Stalin, que se niega a reconocerse culpable —porque no lo es—, aunque sus amigos le aconsejan hacerlo para evitarse males mayores. Socialista convencido, confiesa a su hija: “Creo que nos precipitamos al hablar de socialismo; éste no consiste sólo en la industria pesada. Antes de todo está el derecho a la conciencia. Privar a un hombre de este derecho es horrible. Y si un hombre encuentra en sí la fuerza para obrar con conciencia, siente una alegría inmensa”.

La conciencia personal frente al totalitarismo, nacionalsocialista, soviético o de cualquier otro género. La persona artífice de su propia vida, como diría Séneca, responsable de su propio destino.

Justamente, la estrategia de los totalitarismos consiste en anularla con distintas coartadas, como la tan conocida de la “obediencia debida” al *Führer*, al Estado soviético, al mando militar. Una coartada inadmisibles en sociedades democráticas, que se caracterizan por hacer de la igual autonomía de los ciudadanos la clave de la vida social y, por lo tanto, no pueden permitirse anular las conciencias que es la forma de anular a las personas.

En estas sociedades existe la objeción de conciencia; claro está, que cualquier ciudadano pue-



**ADELA
CORTINA**

Los miembros de los partidos deben ejercer su libertad de conciencia y no ceder ante el monolitismo

de presentarla cuando considera que una ley viola sus convicciones más profundas, aunque sólo se reconocerá el derecho a ejercerla en los casos tipificados a tal efecto, y lo que pase de ahí es desobediencia civil. Pero en esta vida no todo se agota en los reconocimientos legales ni queda asegurada la supervivencia de la conciencia personal porque exista el derecho a objetar en determinados casos. ¿Qué sucede —por ejemplo— cuando los partidos políticos se niegan a dejar libertad de conciencia a sus miembros a la hora de votar en situaciones especialmente conflictivas para ellos? ¿No es entonces la disciplina de voto una versión suave de la obediencia debida para estómagos democráticos?

Sin duda, las sociedades abiertas se enfrentan a un buen número de contradicciones, pero, precisamente por su carácter abierto, se ven obligadas a sacar a la luz

los problemas, a reconocerlos como tales y a tratar sobre ellos para tratar de enfrentarlos con altura humana. Ésa es la grandeza y la responsabilidad de los mundos abiertos.

Es verdad que los partidos políticos, sean muchos o pocos, han de presentar propuestas unitarias a los ciudadanos dentro de sus programas, porque en caso contrario pierden eficacia y sentido. Parece entonces que no puede haber pluralismo interno, porque ¿cómo sabrán los electores a quién votar si hay disensiones internas? Pero tampoco se puede eludir la otra cara de la moneda: ¿qué hace un militante que está de acuerdo con su partido en la mayor parte de las propuestas pero se siente incapaz de apoyar algunas porque se lo impide su conciencia?

La calidad de una democracia representativa exige que los ciudadanos puedan esperar de los

partidos que cumplan sus programas, a los que debería haberse llegado por debate interno y externo. En este cumplimiento mostrarían su operatividad y ese valor tan preciado por nuestras sociedades que se llama “eficiencia”. Pero esa misma calidad de la democracia reclama que los miembros de los partidos ejerzan su libertad de conciencia, porque mal pueden contagiar pluralismo instituciones monolíticas.

El monolitismo no es un valor positivo, que atrae, sino un valor negativo, que repele, y resulta más convincente un partido —o cualquier otra institución— cuyos miembros pueden poner en duda propuestas del aparato. Recuerdo en este sentido las declaraciones de un miembro del PSOE, alcalde en un pueblo de Alicante, que aseguraba haber probado durante años el agua de las desalinizadoras y haber llegado por experiencia a la conclusión de que era mejor un sistema mixto, porque el agua que es buena para las personas no lo es tanto para la agricultura. Ante la pregunta del periodista “¿cómo dice eso siendo del partido que es?”, la respuesta era extraordinaria: “No me sentiría a gusto en mi partido si no dijera lo que he comprobado por experiencia”.

Por supuesto que el que expresa su libre conciencia se puede equivocar, por supuesto que existen los iluminados peligrosos. Pero bien puede ocurrir que una persona, a pesar de intentar aceptar al máximo lo que le une a la mayoría, de un partido o de una sociedad, acabe pronunciando la famosa frase de Lutero: “No puedo más, aquí me detengo”. En un sentido o en otro. Anular esa posibilidad es apostar por la Raza, por el Estado o por el Partido, por lo contrario de la sociedad abierta.

Adela Cortina es catedrática de Ética y Filosofía Política de la Universidad de Valencia y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

FORGES



OPINIÓN

Cartas al director

Regalos envenenados

A veces sorprende hasta dónde puede llegar la bajeza moral de determinadas personas. Una política valenciana afirma que todos los políticos reciben regalos. Y todas las personas, afirmo yo. De cumpleaños, por Reyes, por aniversarios, porque sí... Lo que nos escandaliza y debería estar penado, política y penalmente, es que se reciban regalos para favorecer a determinadas personas o determinados proyectos, por primar a los amiguetes, para hacer caja. Eso recibe varios nombres en el Código Penal, amparados todos bajo la palabra corrupción. Y no es lo mismo una lata de anchoas que, pongamos por caso, un BMW. Por cierto, también existen los regalos envenenados.

Y es que no todos somos iguales, señora Barberá. Algunos recibimos regalos de nuestros amigos y amigas por puro cariño. Pero eso usted no debe conocerlo.— **Alfonso Ormaetxea**. Madrid.

Recuerdo una vez, hace ahora algunos años, cuando, estando en casa de un amigo en fechas cercanas a las navidades, vi montones de cajas con reproductores de DVD, de música, relojes, ropa de marca, cestas de jamón, etcétera. Al preguntarle a mi amigo qué eran esos regalos, me dijo: "Son de mi padre, pero los tenemos que devolver todos". Ante mi sorpresa, me respondió que no era correcto quedárselos y siempre los devolvían. Su padre era un alto cargo de un partido político catalán. Sí, señora Barberá, "todos los políticos reciben regalos". Pero los buenos, los devuelven.— **Sonia Andolz Rodríguez**. Oxford, Reino Unido.

Contaminación acústica y lumínica

Blanes quemará siete toneladas de explosivos en el Concurs de Focs. Pero... ¿a nadie del Consistorio se le ha ocurrido pensar en

Por un Estado de derecho

A fines de este mes de julio, Marruecos celebrará los 10 años de la entronización de Mohamed VI, que tantas expectativas suscitó en su momento. La efeméride ha hecho y hará correr ríos de tinta en libros y reportajes de prensa que evocarán las luces y sombras de esta década de reinado.

Quizá el balance más negativo radique en el papel que la justicia está desempeñando como obstáculo —en lugar de impulso— al establecimiento de un Estado de derecho. La condena de la joven activista de izquierda Zahra Budkur a dos años de cárcel por liderar una protesta por la

la grave contaminación química, de gases nocivos y acústica que esto significa para un planeta que ya no nos soporta? Muchas costumbres increíblemente primitivas de muchos pueblos de España están siempre fomentadas desde las Administraciones, por lo que ya sabemos quiénes son los principales cromañones.— **Kim Durall**. Banyoles, Girona.

De visita en Gibraltar

La visita oficial que ayer realizó a Gibraltar el ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, me parece muy importante, a la vez que necesaria.

Lo primero, porque ha sido la primera vez que el máximo responsable de la cartera de Exteriores de España visita el Peñón en 300 años de ocupación injustificada por parte de Reino Unido, y lo segundo, porque siempre es bueno fomentar el acercamiento y el diálogo político en aras de solucionar las dificultades de dicho calado. Ahora bien, el diálogo y la buena voluntad no deben suponer el rechazo o la renuncia de nuestro Gobierno a pugnar por la españolidad de un territorio que nos fue arrebatado de forma totalmente injusta en el contexto de la Guerra de Sucesión española, a comienzos del siglo XVIII.

Gibraltar es la única colonia que aún perdura en el territorio

europeo. Y supone una herida sangrante para nuestro país y para muchos de sus habitantes, además de un anacronismo que tiene aún menos sentido cuando estamos trabajando para lograr una Europa unida tanto en las cuestiones económicas como en las políticas.— **Ernesto Gabriel Ruiz de Villegas**. Jerez de la Frontera, Cádiz.

El interés general

En estas fechas, cierto equipo de fútbol nacional se ha gastado ya unos 250 millones de euros en fichar a tres jugadores. Según tengo entendido, la compra y venta de jugadores no está sometida a impuestos. No obstante, cualquier cosa que un particular compre, por pequeña que sea, siempre va acompañada del famoso IVA u otro similar.

No tengo nada en contra de que el fútbol sea de interés general. Sin embargo, creo que mucho mayor es el interés general que tiene la gente en que no le vacíen el bolsillo. ¿No creen que si Hacienda cobrara por cada fichaje un cierto porcentaje del valor de compra del jugador, se aliviaría la carga que soportan miles de familias que escasamente ingresan mil euros al mes? ¿Por qué no se hace una ley para que el fútbol pague impuestos? Supongo que, en eso, el interés de los ciudada-

intoxicación de sus compañeros de la cantina universitaria de Marraquech es una buena prueba de ello.

La razón y el derecho aconsejan su liberación inmediata como indicativo de la voluntad de cambio de un país que aspira a la transparencia democrática, al progreso y a la modernidad.— **Juan Goytisolo**, escritor; **Bernabé López García**, profesor de Historia Contemporánea del Islam en la UAM; **Miguel Hernando de Larramendi**, profesor de Historia Contemporánea del Islam en la UCLM.

nos es general, ¿no?— **Gonzalo García Camps**. Barcelona.

Frases lapidarias

El prefecto de la Congregación para el Culto Divino, Antonio Cañizares, ha pronunciado unas cuantas de esas frases lapidarias a las que nos tiene acostumbrados el Vaticano últimamente. En esta ocasión ha ligado la crisis económica con los abortos practicados en todo el mundo. Resulta que son esas interrupciones del embarazo las tropelías más graves de la actual crisis mundial. No las guerras, no la pobreza, no el hambre, no las enfermedades, no las corrupciones, no las injusticias, no la avaricia de unos pocos. "No hay barbaridad más grande que el aborto", ha dicho Cañizares. No perdería credibilidad si chorros la jerarquía católica si hiciera una condena igual de severa sobre la pena de muerte, por ejemplo. Sin embargo, como alternativa a esos 47 millones de abortos anuales, el Vaticano no ofrece un recurso que invite a las mujeres a replantearse tan extrema decisión. No ofrece, por ejemplo, cuidado y manutención a todos esos niños no nacidos.

A Cañizares, además, le importa poco que cada año 175 millones de niños queden desprotegidos por hambre, guerras o desastres naturales; él quiere sumar a esa cifra unos cuantos millones más.

Lo curioso es que no recuerdo una campaña tan orquestada entre la curia y los obispos españoles cuando gobernaba Aznar.— **Franco Javier Muñoz**. Madrid.

Vía crucis de las becas

Estoy peleando para poder solicitar una beca de estudios universitarios para mi hija. Les relato mi vía crucis: primero, este año se ha retrasado casi un mes el plazo de presentación, con lo que una solicitud que se hacía a través del instituto no ha podido ser.

Segundo. La única forma de acceder al impreso de solicitud es entrando en la página del MEC, y aquí empiezan los verdaderos problemas. Intentas meterte un día y te da error al entrar en la página del ministerio, y cuando por fin accedes, el impreso no está publicado directamente, sino que hay que darse de alta en el servicio para que te den una clave para poder imprimir dicho impreso.

¿No podían haberlo simplificado? Es imposible terminar de darle de alta porque la página se cuelga. Para solucionarte estos problemas hay un número de teléfono que, o bien comunica continuamente, o bien te tienen en espera.

Pero no hay problema, hay una dirección de e-mail, escribes y... no te contestan. Perfecto. Tengo que presentar la solicitud de beca junto con la matrícula y no puedo ni tener el impreso.

Señores, la tecnología está bien cuando se sabe aplicar. ¿Qué pasa si no puedo presentar la solicitud de la beca?— **Lucía Barral**. Madrid.

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en www.elpais.com.

CartasDirector@elpais.es

El malestar español

VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

permite evaluar los efectos perversos que su ausencia tuvo entre nosotros.

La desgraciada ocurrencia de la expulsión nos privó, en el crucial instante del *renacimiento* europeo, de una fuerza que se revelaría decisiva en el proceso de reinvencción cultural propio de la modernidad. La elaboración de las ideas que cambiaron el aspecto del mundo, la insurgencia que renovó la naturaleza del pacto social y la construcción del individuo inteligente como sujeto central de la Historia deben mucho a los miembros de una comunidad inclinada por necesidad y vocación a impugnar los dictados de la tiranía.

Para hacernos una idea del legado que los judíos no dejaron en España debemos imaginar la influencia que habría tenido entre nosotros la erudita disputa de los rabinos (con su radical

veneración por el libro, la letra y la palabra) y las consecuencias culturales de su pasión polémica. Las vehemencias patriarcales de los judíos en la sinagoga habrían dado a nuestro paisaje intelectual una productiva intensidad. Y no sólo por la caudalosa genealogía de sus saberes. Allí donde pudo subsistir, la pluralidad de creencias ayudó a reconocer la soberanía moral del conocimiento y la familiaridad con otras lenguas, otros ritos, otras concepciones del mundo, sembraba una duda de alto valor pedagógico al que no podía ser ajeno un curioso y tolerante observador.

Pero la comunidad judía contribuía al dinamismo de la Historia con aportaciones paradójicas que resultarían esenciales al espíritu del hombre moderno. La tenacidad de sus infatigables discusiones extendía entre la sociedad de su tiempo una deslumbrante oleada de herejías y disidencias. ¡Ojalá hubiéramos tenido entre nosotros al Spinoza que los rabinos de Ámsterdam expulsaron con furiosos anate-

mas de la sinagoga! ¡Quién hubiera oído entonces sus ácidas sentencias filológicas contra la Biblia! ¡Y las lecciones escépticas de Francisco Sánchez en Toulouse! Y así hasta llegar, siguiendo las huellas de la fertilizante estirpe sefardita, a las recientes reflexiones multidisciplinares del pensador Edgar Morin.

La Inquisición tuvo siglos para modelar el alma de un país atemorizado

Sin embargo, a pesar de ser tan notable la contribución de los judíos al desarrollo cultural de las naciones —sobre todo desde la Revolución Francesa, cuando tantos de ellos abandonaron sus creencias seculares para incorporarse al prometedor cosmopolitismo laico de los gentiles—, no ha sido sólo su ausencia la que ha conformado nuestra áspe-

ra relación con los valores del mundo moderno.

La obsesión por extirpar de España cualquier atisbo de influencia judía dio a la Inquisición siglos de potestad para modelar a su antojo el alma macilenta de un país atemorizado por la epidemia emocional de las delaciones. Pero la amenaza del deshonor y la hoguera no cercó tan sólo a los conversos, metódicamente humillados para ejemplo de todo cuanto súbdito se atreviera a desobedecer la sumisión dominante.

En algún pliegue de nuestra hélice genética debe estar inscrita la lección aprendida a lo largo de estos siglos de vilipendio. Un escarmiento dolorido que, ciertamente, sólo aparece en forma de resentimiento: esa fuerza rencorosa que impide al individuo consumir su razón de ser. Pues lo singular entre nosotros es que la costumbre de la desconfianza sólo pudo forjarse mediante una convicción tan fervorosa como asustada. El hábito de cercar al prójimo con la sospecha que lo incrimina, el recelo que le reprocha ser lo que es, brota instintiva-

mente contra las cualidades de cooperación y competencia del individuo libre. La sospecha y la desconfianza implantadas por la demoledora maquinaria inquisitorial se transformaron en esa presuntuosa *filosofía* popular que configura el más acentuado rasgo de nuestro carácter, precisamente el que arruina las potencias liberadas por la Modernidad.

¿Será posible liquidar algún día la estéril herencia nacional? ¿Cuándo podrá la sociedad española dar a sus fuerzas creativas la plenitud productiva que vemos florecer en tantos lugares? El sarcasmo que dedicamos al mérito ajeno enmudecería y nos acostumbraríamos a emular la competencia individual que hace prosperar a las naciones. En lugar de confiar en la suerte, la prebenda o el favor, el español abandonaría la atribulada dote de sus antepasados para asumir la responsabilidad personal de la emancipación moderna.

Basilio Baltasar es director de la Fundación Santillana.